

relatos
de
verano

COLABORA:



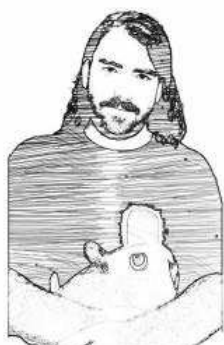
f La Sombra del ciprés
t @AscSombraCipres
@novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR
ALVARICIO



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
DE BIENES CULTURALES
DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR
ÁLVARO MÁRQUEZ
DOMÍNGUEZ



Apenas temblores de guerra



La alargada silueta del señorito, de espíritu extremo y duro, campea las llanuras de un verde agostado. Capeando el temporal, con su ordenada migración, transita a sus anchas por los campos de la vieja Castilla. Manadas sin bridas ni ronzal enfilan ramales con trashumante paso firme. Asombra la grey que propaga el rebaño. Milana, bonita, aléjate del suelo que la vida es un vuelo.

Juntas mesteñas de las sierras procuran acuerdos para huir de los extremos y reunir a la caterva en invernaderos y agostaderos. Soria pura cabeza de Extremadura, con sus murallas roídas y sus casas denegridas —caricaturesca farsa— invita a recitar la primera estrofa de la Égloga de la natividad, escrita por Hernán López de Yanguas, considerado el padre literario de los Autos Sacramentales:

«Yo pienso que vienen a ver los extremos:
Pastores, ovejas, cabañas y hatos;
Los pastos costosos hacerlos baratos.
A su propia costa, según veremos».

Rumiando un popular pacto, bajo la premisa: «reunión de pastores, oveja muerta», el abanderado del «tanto monta» fragua cómo atajar el asolador bochorno que achicharra. Da por sentado que hallará pastizal al fondo a la derecha. En la cocina del cortijo no está el horno para bollos. Veterano, un abrevado toro, apenas vomita su contorno en los corrales, ululando fantasmales quebrantos de antaño mugido, otrora rugido.

El pulpítillo domina los alrededores, por donde resuena el reclamo que augura duelo al vuelo de la perdiz roja. Santos inocentes por doquier. Azarías, azaroso, prepara ingeniosos dogales. En ascuas, la leña de Adviento crepita las últimas muestas que precipitan antojadas urnas, recipiente de cenizas. Burlescas fechas de santa inocencia navideña vueltas vísperas de agitadas energías, agotadas de reservas.

Alejandro brindo, convidando a tan espectacular cortijo y león, nebuloso humo de abrojos:

Apostólica astilla, descubierta de valvas,
que recitas soflamas de león destronado:
a tu hilera reclamas desbrozar el legado,
esqueleto hecho esquirlas, perdigones de salvas.

Melancólica astilla, vendimiada entre larvas,
regurgitas retamas descompuestas de alzado.
Perfilando anagramas en el fango plantado,
parapeto de chirilas, de acertijos te adarvas.

No hay milana bonita que te vuelva inocente.
No hay fulana bendita que te sufra indecente.
Sin solana en la umbría, se aletarga la sierpe.

Tiritando un suspiro, sostenido silente,
se encabrita en respiro, sastrecillo valiente.
On the rocks, de retiro, como cabra en pendiente.

La atmósfera energética mundial deambula revolucionada. Delirios desmedidos y fuera de con-

trol se muestran especialmente virulentos, contagiando casi todo, casi como si nada. Todo parece alterado. Las relaciones, las reacciones. La volatilidad ya va al galope, desbocando la inflación y viceversa. El debate pronto es polémica que, al instante, se envuelve en disputa, discusión, choque y altercado. Impresiona la rapidez con la que la implosión se reproduce, transformada en explosión y caos.

De puntillas, redecorando tanto atavío medieval, reforzando despistados talones sin fondos; dando esquinazo a la alargada sombra que asombra; invitándome a ahorrar en palabras desbaratadas; alrededor de la madeja de un remolino de hilos, me inmiscuyo en la tormenta que alienta un relato de verano, laténdolo en los prolegómenos de los idus de marzo. En pleno proceso de colapso sistémico, de enfrentamiento de titanes; con los dedos cruzados atravesando este mes de Marte, aspectualmente accidentado y explosivo, siento la necesidad de escribir, con los ojos puestos en la luz que suele abrigar el estío. Descongelando palabras. Letra a letra, imaginando silencios. Musitando paréntesis como puntos suspensivos divagados.

La primavera del amor es el verano, dicen que dicen. Alivia la angustia del temporal paro otoñal. Incita a saltar hogueras. Concita castañuelas, auspicia cabañuelas... Mas, no nos engañemos —predica el trigo—, también incendia, como averno. O abrasa como hielo, puro engendro del invierno. Rescoldo vuelto trizas. Nieve hecha cenizas.

Como a girasoles sin noche, endiosadas manecillas retuercen las entrañas al reloj de arena de cintura de avispa. Rostros ocultos se reflejan infinitos, como espejos enfrentados. Luna nueva eclipsando giralunas. Entretanto, nacen nuevos salvadores cada día que a media tarde necesitan rescate.

El tiempo perdido que adorna el cenicero, me recuerda que el futuro parece que llegará con retraso. ¡Cuántas cosas por hacer hoy! Tantas que desbordarán el trastero del mañana. Será, quizás entonces, cuando recordaremos gran cantidad de cosas que deberíamos olvidar y casi todas las que nos propusimos ignorar. La conciencia es así.

En este mundo repleto de líneas divisorias, donde es casi imposible no tropezar con alguna y acabar estrellado, dedicaré la mayor parte del día a pasar desapercibido, procurando no estar en cualquier bando, y todo el fin de semana a pensar un poco en nada. A cubierto de la vida, en la intemperie de mí mismo. Que quien se va sin que lo echen, volverá sin que lo llamen.

Solo el tiempo da tregua al descanso de la pausa, así que no seré yo quien adorne con innecesarios compases pentagramas de velorios. Solo redondeo el estruendo del silencio, acunando los bemoles de plañidos sostenidos por el ruido. Que falte quien sobra. ¿Quién chifla? Silban las balas. Tempus fugit.

Las horas vuelan como hojas, otoñal estampa. La somnoliente resiliencia, a cuenta del insomnio, entinta de ojos rojos la nefelibata que ayer cavilaba con mañana. Hoy, sin embargo y embargada,

apenas desvela nada y a tientas pretende alcanzar sueños que persiguen la levedad de una fútil cabezada. Fantasía del ensueño, quizás, y realidad del cambio, probablemente. ¿Acaso es ilusa la ilusión que insiste en que perdure la constante realidad del cambio, que es lo único que permanece?

Enamorados del cálculo, seguidores de números y apóstoles de quienes predicán su valor, sin diplomacia caen en la cuenta de que ha de apreciarse la devaluada especialidad llamada Letras, carente de discípulos. Cuánto le adeudan los tontos por cientos que tragan principios escupiendo fines. Quizá peque de exacto, pero eso es lo que creo que pienso. Incluso y concretamente, aún diría más: eso es lo que pienso que creo, aunque quizá peque de exacto.

Sin disfrazar mi dislexia, por un segundo lo primero que considero certero es promulgar que la lengua (sobre todo escrita) es y ha de ser el valor que más se aprecie en la bolsa de la vida. Porque es lumbre que alumbra; a diferencia de la disparatada cotización de energías alteradas que gasean podredumbre. Sumido en la incertidumbre que nos arroja, pregunto qué hacer al durmiente tendido, yo que despierto no sé: ¿Resguardarse? ¿Desnudarse? ¿Desfallecer? ¿Acaso se transforma la energía que crea quien destruye? Pienso. Dudo. Fumo y me consumo.

Por ahora, prácticamente adulto, carcomido en el carné, lamento opciones desechadas ayer. No con el rencor de quien cuenta un desencanto, sino desde la intriga de quien suma y sigue las huellas del paso del tiempo; lapsos donde la dificultad en la lectura precisa, sin duda despista su correcta comprensión. Por eso escribo raro, incluso torcido y enredado. Así logro donar todo cuanto arrimo.

Oficioso carnaval hubo en febrero. Oficial, carnavalesco, su doble en junio. Con redoble de tambores se duplica el Carnaval. La pipa de la paz debe fumarse, nunca difuminarse, ni jamás esfumarse. Sea diluvio de sales minerales su resaca. Mar de luces; velas henchidas con aires de Cádiz. Viento asperjando pizcas de tal sal. Curando mareas de ahogos que rellenen saleros, ahorrando en desgracias. Que desfile siempre gracia. Que el ingenio se dispare. Desenfílen chirigotas. Que las cuerdas sean vocales y procuren afinar a sol su clave.

Ayer, en el invierno, ayunaba menú del día: ensaladilla y filete. Rusa ella, ruso él. Hoy, de estío inundado, desayuno sorbete de permafrost. «Pobre hombre», al cielo escupirá algún orador. Adjetivo sustantivo, responderé yo, cuyo apodo es Dignidad. Antepuesto a tratamientos, sin esencia y sin respeto. Descabalgas caballeros; poderosos pordioseros de don Din, pero apenas sumideros.

En el ocaso del sueño, seca de lágrimas, al fin vuela la pluma, vuelta péndola. El cristal de la ventana anhela una exigua lluvia con la que replicar el anuncio del implacable punto y final. ¡Pertinaz sequía a cántaros! Sin rastro de arcoíris. El sutil viento acaricia de par en par ambos relatos. Quizá susurrando dos latidos suspensivos. Inspira. Expiro.

La primavera del amor es el verano, dicen que dicen. Alivia la angustia del temporal paro otoñal. Incita a saltar hogueras.



Cuerpo de papel, alma digital

Suscríbete en cualquiera de los dos formatos,
o en los dos!

920 351 852 // administracion@diariodeavila.es

Papel

	De lunes a viernes	De lunes a domingo
Mensual	28€	46€
Trimestral	82€	125€
Semestral	158€	245€
Anual	300€	475€

Digital

	Suscriptor papel	No suscriptor
Mensual	9,99€	19,99€
Anual	89,99€	199€